

Contraluz



Revista de la Asociación Cultural Arturo Cerdá y Rico



año 17 - n° 12 - 2020



1921-2021

CONTRALUZ

Revista de la Asociación Cultural Arturo Cerdá y Rico
Cabra del Santo Cristo (Jaén)



CONTRALUZ
REVISTA DE LA ASOCIACIÓN CULTURAL
ARTURO CERDÁ Y RICO

Presidente

Julio Arturo Cerdá Pugnaire

Director

Ramón López Rodríguez

Subdirector:

Julio Arturo Cerdá Pugnaire

Consejo de redacción:

Francisco J. Justicia Gómez
Francisco J. Sánchez Montalbán
Katy Gómez López
Lázaro Gila Medina
Manuel Amezcua Martínez
M^a Josefa Muñoz Pérez
Pedro Cruz Martínez
Victor Morillas Montávez

Portada y contraportada:

Fotografías de Floren Fernández

Diseño y maquetación:

www.dobledigital.es / Pedro Cruz Martínez

Edita:

Asociación Cultural Arturo Cerdá y Rico.
C/ Río, 1. 23550 Cabra del Santo Cristo (Jaén)
revista@cerdayrico.com

Imprime:

Tirada:

500 ejemplares

ISSN 1698-8817

La Asociación Cultural Arturo Cerdá y Rico no se hace responsable de las opiniones vertidas por los autores de los trabajos contenidos en esta publicación.

Para envío de colaboraciones:
revista@cerdayrico.com

Sumario

Saluda. <i>Francisco Javier Justicia Gómez</i>	5
Editorial. <i>Ramón López Rodríguez</i>	7
Memoria de Actividades. <i>Junta Directiva Acacyr</i>	9
Fascímil: Alfredo Cazabán Laguna sobre la muerte de Arturo Cerdá y Rico. <i>Julio Arturo Cerdá Pugnaire</i>	19
«Diálogos en la distancia. Cerdá y Zabaleta». <i>Miguel A. Rodríguez Tirado</i>	26
Retrato fotográfico e identidad del genio flamenco. <i>Francisco José Sánchez Montalbán</i>	43
Memoria y rito en la obra de Katy Gómez. <i>Manuel Amezcua</i>	59
180 Minutos. <i>Floren Fernández</i>	77
Catálogo del XI Certamen Internacional Cerdá y Rico de Fotografía	86
Exposición de fósiles y minerales en la casa de Cerdá y Rico. <i>Manuel Sánchez Toledano, María Hernández Núñez y Jose Antonio Pajares La Torre</i>	132
Eran otros tiempos <i>José Fernández Bedmar</i>	144
Memoria histórica de Arturo Cerdá Olmedo. Servidor, prisionero y oponente de ambos bandos. <i>Enrique Cerdá Olmedo</i>	158
Cristo de San Agustín o de Burgos, un Crucificado con dos Advocaciones y dos de sus copias más emblemáticas: la Escultura de los Agustinos de Lima y la Pintura (El Cristo de Cabrilla) de Cabra del Santo Cristo (Jaén). <i>Lázaro Gila Medina</i>	169

El Cristo de Burgos. Testimonios de una iconografía de los siglos del Barroco en Valladolid. <i>Javier Baladrón Alonso</i>	196
Análisis litúrgico del lienzo del milagro del sudor del Cristo de Cabrilla conservado en la parroquia de la Expectación de Cabra del Santo Cristo. <i>Pablo Jesús Lorite Cruz</i>	224
La influencia de la actividad económica en la política. El caso de Cabra del Santo Cristo (Jaén), desde la emancipación jurisdiccional en 1778 hasta nuestros días. Un ejemplo más que singular en la geografía giennense. <i>Ramón López Rodríguez</i>	239
Las relaciones de buena vecindad entre Jódar y Cabra del Santo Cristo. Ejemplos de una convivencia secular. <i>Ildefonso Alcalá Moreno</i>	269
Las Hermanas: Una estación de la Prehistoria Reciente entre Cabra del Sto. Cristo y Jódar (Jaén). <i>Miguel Yanes Puga, Alberto Dorado Alejos y Francisco Contreras Cortés</i>	275
El descubrimiento de una fuente. Otro ejemplo del valor documental de la fotografía de Cerdá y Rico <i>Ana M^a Segovia Fernández</i>	286

Cristo de San Agustín o de Burgos, un Crucificado con dos Advocaciones y dos de sus copias más emblemáticas: la Escultura de los Agustinos de Lima y la Pintura (El Cristo de Cabrilla) de Cabra del Santo Cristo (Jaén)¹

Lázaro Gila Medina

Universidad de Granada

I. INTRODUCCIÓN

Si hay una advocación de Cristo Crucificado que haya gozado, desde la Baja Edad Media hasta hoy, de un gran arraigo y difusión dentro de la religiosidad popular, es esta magistral escultura de Cristo muerto en la cruz, que, a su vez, a través de los huevos de avestruz que lleva bajo sus pies nos anuncia la vida y, en definitiva, su Resurrección. Imagen que, desde mediados del siglo XIV y hasta la desamortización de Mendizábal, se veneraba en una capilla claustral del convento de San Agustín de Burgos y desde enero de 1836, en la primera capilla de la derecha de su Catedral Metropolitana. De ahí que se denomine sin distinción como Cristo de Burgos² —la más extendida, difundida por los burgaleses, devotos y cofradías fundadas en su honor— o Cristo de San Agustín —en menos casos vinculados a la Orden Agustina Calzada y a cofradías, radicadas en sus conventos— En definitiva, ambas advocaciones se refieren al mismo crucificado, aunque, para mayor complejidad, con el mismo nombre de Cristo de Burgos existe otro crucificado en la iglesia de San Gil Abad de Burgos³ más antiguo que el de San Agustín. Imagen que estuvo en el convento de los trinitarios y que, al igual que el agustino, tras Mendizábal, pasó a la parroquia más cercana, donde es muy venerado, con la advocación de Cristo de las Santas Gotas, en alusión a uno de sus sucesos más famosos ocurrido en 1268, aunque la cofradía que le rinde culto se designa Real Hermandad de la Sangre del Cristo de Burgos.

Volviendo al Cristo de los agustinos, la amplia y rápida difusión que su fama alcanzó en la sociedad, ya desde mediados del siglo XIV, no sólo fue una constante realidad para el

¹ En origen este texto ha sido un encargo de la Real Hermandad del Santo Cristo de San Agustín de Granada para una monografía, que tenían programada editar con motivo de celebrarse los 500 años de la hechura por Jacobo Florentino de la imagen de su titular. Esta era una de las muchas actividades programadas para este año jubilar y que, por desgracia, no se han podido realizar por la pandemia que estamos padeciendo.

² La bibliografía sobre el Cristo de Burgos o de San Agustín de tipo general es muy abundante, pero citaremos las más señeras: Loviano, 1740: 43-173. Flórez, 1772, t. XXVII: 495-509 y las más recientes de Ávila y Díaz Ubierna, 1939: 22-28 y López Martínez, Burgos 1997: 17-37.

³ Las monografías más completas son la de J. Sáez, 1758: 58 y la de F. López González, 1907: 279.

Reino de Castilla, con especial incidencia en Andalucía, sino que también llegó a todos los territorios que conformaban la Monarquía Hispánica, incluida Aragón, Sicilia, las Indias y Filipinas⁴. Y la prueba más elocuente es la gran cantidad de copias que aún hoy nos aparecen en muchas iglesias conventuales, parroquias, catedrales, ermitas, organismos oficiales y sobre todo en domicilios particulares, especialmente a partir del siglo XVII. Si estos trasuntos en pintura o escultura, están generalmente dedicadas al culto y para satisfacer la devoción de sus devotos y cofrades, en otros casos nos aparece en objetos del ajuar eclesiástico o de aderezo y adorno personales. En el primer caso: en cruces de altar, procesionales, porta viáticos, cálices, etc., y en el segundo en rosarios o para llevar como adorno sobre el pecho las señoras o los prelados como pectorales. También un capítulo apasionante por su variedad, calidad y cantidad lo representa el grabado, que por su baratura y abundancia era más asequible para las gentes de escasos recursos económicos, aunque al ser su fragilidad mucho mayor, no son muchos ejemplos conservados. Incluso, también el Cristo de Burgos ha sido el protagonista de numerosas piezas literarias, de los más distintos géneros (poesía, teatro, romances, himnos, etc.), aunque con varia fortuna en cuanto a su emotividad y rigor literario. Pues, a veces los sentimientos que sus fieles devotos quiere expresar o no se ajustan a la ortodoxia literaria o no logran transmitir su aliento devocional, aunque en el fondo a todos les mueve la profunda pasión que tan venerada imagen les despierta. Finalmente, también está presente en la misma toponimia, así hay plazas, puertas de ciudades o calles, etc., rotuladas con su nombre.

Todo ello nos confirma en la idea con la que iniciábamos este texto: la gran difusión, que, por muy diversas causas, gozo y alcanzó la devoción al Santo Crucifijo de San Agustín a partir de mediados del siglo XIV. Aunque, en algunos casos muy emblemáticos, en esa expansión de la devoción por algunas áreas geográficas muy concretas, tuvo su origen en los sucesos especiales debidos a alguna de las muchas copias que del original del convento agustino se realizaron en diferentes momentos y para distintos lugares, como sería la copia lúnea del convento de San Agustín de Lima⁵ o la pintura de Cabra del Santo Cristo (Jaén), conocida popularmente como Cristo de Cabrilla⁶. En definitiva, todo ello redundaría en la imagen original del convento burgalés, cuya su aureola y fama crecería y que los mismos religiosos pregonarían hasta el punto de convertirlo en una devoción de toda la Orden de Ermitaños de San Agustín, junto con la Virgen de Gracia y Nuestra Señora la de la Correa.

2. APROXIMACIÓN HISTÓRICA AL CRISTO DE SAN AGUSTÍN O DE BURGOS.

Comenzaremos con una aproximación histórica a la entrañable imagen del Cristo de San Agustín. Es una feliz realidad el comprobar como últimamente aumentan los estudios y publicaciones sobre las grandes advocaciones y devociones religiosas de profundo arraigo popular y extensión territorial tanto en España como en Hispanoamérica, si bien, aunque en este caso no podamos decir lo mismo, este déficit se va superando muy positivamente.

⁴ Son varios los intentos bibliográficos de hacer una especie de inventario de copias del Cristo de Burgos existente en el mundo hispánico. Son trabajos interesantes, pero a veces de poca fiabilidad, pues no se parte del previo trabajo de campo sino de una búsqueda hecha en algunos casos a través de internet. No obstante por su interés citaremos: García Guzmán y García Reyes. 2003: 261-306, e Iturbe Saiz, 2010: 1-32.

⁵ Bernalles Ballesteros, 1994: 5.

⁶ Gila, 1978: 33-41. 1985: 5-8 y 2002: 41-44.

Los orígenes de esta portentosa imagen están envueltos en el misterio y en la leyenda, lo que es bastante normal en aquellas imágenes que a lo largo de los siglos han ido adquiriendo gran notoriedad y fama, pensando sus propietarios y sus fieles devotos que así, de esta manera, envolviendo sus orígenes en una nebulosa se acentuaría su celebridad y gama como taumaturgo y en consecuencia atraería a más seguidores.

En verdad esta singular imagen de Cristo es una talla del gótico naturalista flamenco de mediados del siglo XIV. Sus rasgos distintivos propios, dejando al margen los derivados de su aspecto formal, son el faldellín, cuyo color cambia con la liturgia del día, y sobre todo los huevos de avestruz a los pies —siempre cinco y desde 1997 reducidos a tres—. Ofrenda, según la ilógica tradición popular de un mercader norteafricano⁷ y de un profundo contenido iconográfico e iconológico, que es lo realmente importante, pues el huevo de avestruz es el símbolo de la vida y por ende de la Resurrección⁸. Por lo que es la más completa figuración de un Crucificado, pues, si encarna el momento en que Cristo acaba de expirar —ya está muerto—, con este elocuente atributo nos anticipa su Resurrección y su victoria sobre la muerte, precisamente todas las copias en pintura el faldellín el blanco, color litúrgico del tiempo Pascual.



Figura 1.- Burgos. Catedral. Cristo de Burgos de los agustinos antes de su restauración en 1997.

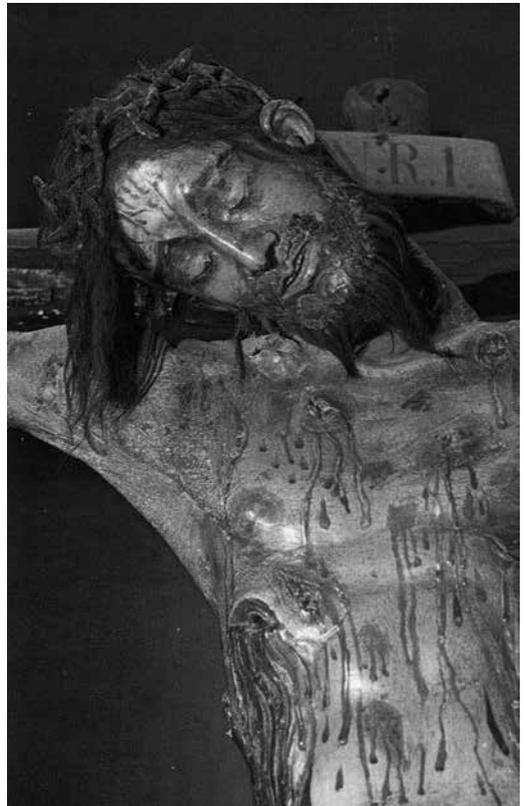


Figura 2.- Burgos. Catedral. Detalle del Cristo de Burgos de los agustinos antes de su restauración en 1997.

⁷ Se dice que así se tapaba la falta de un dedo de los pies que un obispo francés le arrancó para llevárselo como reliquia. Loviano. ob. cit, p. 62.

⁸ Cooper, 2000: 92-93.



Figura 3.- Burgos. Catedral. Cristo de Burgos de los agustinos tras la restauración en 1997.



Figura 4.- Burgos. Catedral. Capilla del Cristo de Burgos.

Lo escultura fue donada al desaparecido convento burgalés de San Agustín —de ahí su primigenia advocación de Santo Crucifijo de San Agustín, la de Cristo de Burgos, que al final se impondría, sería algo más tardía y de origen civil y popular— por un mercader burgalés, Pedro Ruiz de Minguíjuan, a su regreso de Flandes y como gratitud hacia los religiosos agustinos. Pues, gracias a sus oraciones al Altísimo, su viaje había transcurrido sin incidentes y con gran éxito económico y comercial⁹.

En torno a esta hermosa talla flamenca se tejió, especialmente, por los agustinos sus propietarios, una piadosa e interesada leyenda, que acabará por nublar la verdad histórica en aras a aureolarla, acrecentar su fama como milagroso y sobre todo para que superase en antigüedad a la otra imagen denominada también Cristo de Burgos o de las Santas Gotas —a raíz de un suceso acaecido en 1368¹⁰— que recibía culto en el convento de la

⁹ López Martínez, ob. cit. 17-22.

¹⁰ Esta denominación le viene de uno de los sucesos más sobresalientes que se le atribuyen. Tuvo lugar en 1366, durante la guerra fratricida entre Pedro I, rey legítimo de Castilla y León, y Enrique, su hermano, el futuro rey Enrique II. La capilla de la Magdalena del convento de la Santísima Trinidad, donde recibía culto la imagen del crucificado, por estar adosada a la muralla de la ciudad, facilitaba el acceso a la misma, de ahí que se mandara derribar. Pero, al iniciarse su demolición un casquete de la bóveda hirió la cabeza del Cristo saliendo de su herida 16 gotas de sangre, que fueron recogidas por una piadosa mujer, llamada María Jesús, que cuidaba la capilla y la imagen.

Trinidad y tras Mendizábal (1836) en la vecina parroquia burgalesa de San Gil Abad —en la actualidad ni lleva el faldellín, que ocultaba su original perizoma lúneo, ni tampoco los huevos de avestruz—. Asombroso crucificado que hemos llamado Cristo de Burgos de la Trinidad, para unos italiano y para otros alemán, de finales del siglo XII o comienzos del siglo XIII, es decir en el paso del románico al gótico, regalo de Inocencio III a San Juan de Mata, en alguna de sus visitas a Roma, fundador de la Orden Trinitaria y del convento burgalés, en 1207, al que lo regaló para su culto y veneración¹¹.

En definitiva, el Cristo de los agustinos es un ejemplo señero de crucificado europeos medieval del gótico naturalista, realizado en madera recubierta de piel de vacuno para que sea más veraz y dúctil al tacto —en España hay otros varios más, cuya hechura se atribuye también a Nicodemo, uno de los discípulos en secreto de Cristo por temor a los judíos, que ayudó a bajarlo de la cruz y depositarlo en el sepulcro—. Con caballera, barba postiza y faldellín, como corresponde a los crucificados medievales, Cristo acaba de morir e inclina su cabeza ligeramente hacia el hombro derecho, con los brazos articulados para poder escenificar el descendimiento de la cruz y convertirse en un yacente¹² y con un pequeño depósito tras la lлага del costado derecho por donde brote, llegado el caso, agua y sangre¹³. Dejando al margen algunos ejemplos europeos, entre los españoles de mediados del siglo XIV, están el de la Catedral de Orense, el de Finisterre, etc., representados como crucificados, o el de las clarisas de Palencia¹⁴, algo más pequeño pero con el que tiene más parecido, expuesto al culto como yacente. Si todos, según la leyenda, llegaron a su destino por vía marítima y tras varios accidentes, el de San Agustín, además de gozar de una rica historia, es el más logrado al no quedar en el Viernes Santo sino avanzar hasta el domingo de Resurrección a través de los huevos de avestruz¹⁵.

Por ello, desde mediados del siglo XIV, el Cristo de Burgos gozó, y aún lo sigue teniendo, desde su capilla de la catedral burgalesa, del fervor y de la devoción de todos los grupos sociales, no sólo en lo que fue el reino de Castilla-León —recientemente se han dado conocer varias copias del Reino de Aragón, como la de Tornos¹⁶ (Teruel),—, sino también al otro lado del Atlántico¹⁷, en las Filipinas, e incluso, en los antiguos

¹¹ Así pues, el Cristo de Burgos de la Trinidad es anterior en el tiempo al de San Agustín, como igualmente el cenobio trinitario lo es al de los agustinos, cuya fundación es de 1287.

¹² Martínez Martínez. 2003-2004: 207-246.

¹³ López Martínez, ob. cit. p. 16.

¹⁴ Pereda. 2017: 317-366.

¹⁵ Si tradicionalmente el evangelista San Mateo es el pintor de la Virgen con el Niño, Nicodemo sería el autor de los más afamados crucificados. Así sucede con el antaño famoso Cristo del Salvador de Valencia, cuya piadosa historia y venida a esta ciudad sigue el mismo camino que el de San Agustín. Así obra de Nicodemo, de Jerusalén por herencia pasa a Beirut. Una vez tomada por los musulmanes en el siglo XII para salvarlo sus dueños lo introducen en una cana de cristal, ésta a su vez en una de madera para que flote en el agua y lo lanzan al mar, el valenciano llegará en 1250, a través del Turia, levantándose en su honor una gran iglesia, mientras el viaje del burgalés sería algo más delicado y complejo pues tendría que bordear la Península Ibérica, primero el Mediterráneo, después el Atlántico e introducirse en el Cantábrico donde fue hallado tras una profunda galerna por ese convoy naval y comercial que desde Flandes se dirigía a Santander y ya desde ahí por tierra a Burgos. Hernández Herrero, 1850: 35-39.

¹⁶ Cano Berbegal, 2009: 143-145.

¹⁷ Para el caso de México véase: Gila, 2004: 205-216. 2007: 103-121. 2015: 82-113. 2016: 196-209. 2017: 413-434 y 2018: 125-173.

dominios españoles en Italia¹⁸, superando con creces en fama y extensión al del Cristo de la Trinidad.

Muchas razones se pueden aducir, mas sólo advertimos dos: en primer lugar los agustinos, constituidos como Orden Conventual a mediados del siglo XIII, tuvieron una expansión y difusión geográfica por España e Hispanoamérica muy superior a los trinitarios, cuya misión básica era la de redimir cautivos en tierras de infieles. Y, sobre todo, porque el poder persuasivo y conmovedor del crucificado agustino, que casi llega al hiperrealismo al reflejar con toda crudeza en su anatomía la tragedia y el drama de su pasión, despierta inmediatamente, con profunda eficacia y firmeza en el fiel cristiano, los más nobles sentimientos de piedad y compasión, lo que se acentuaría al descenderlo de la cruz, mientras el Cristo de la Trinidad es más hierático (figura 5), solemne e inexpressivo.



Figura 5.- Burgos. Parroquia de San Gil.
Cristo de Burgos de los trinitarios

Desde mediados del siglo XIV recibió culto en una capilla claustral del convento agustino. Una capilla rectangular, más bien pequeña, de 8 x 5 metros aproximadamente, y tras Mendizábal, finales de enero de 1836, en la catedral metropolitana, desde donde recibe a diario multitud de visitantes y devotos. A sus pies se postraron, y sigue así desde los peregrinos que iban a Santiago de Compostela, siendo la primera visita importante la de Santa Brígida de Suecia, en 1342, cuando iban a Santiago de Compostela —Burgos es un hito obligado en el camino francés— hasta los más importantes personajes del momento, como reyes, futuros santos, nobles, etc.

La lista de ilustres viajeros que se acercaron a visitarlo es interminable, la mayoría lo harían guiados por los más nobles sentimientos de fe y fervor, aunque también los hubo por curiosidad, incluso con escepticismo. Además, algunos nos han dejado testimonios

¹⁸ Militello, 2017: 255-273.

personales de un gran interés y verismo, aunque no todos sean positivos. Al mismo tiempo, sus muchos devotos e incondicionales seguidores, agradecidos e conmovidos por la gracia y el favor recibido, propagaron su devoción y culto por toda España, bien de forma individual o a través de asociaciones religiosas, de derecho canónico, tales como cofradías y hermandades. También en esta labor propagadora y divulgadora, tanto en España como en Indias y Filipinas, ocuparon un papel clave los mismos religiosos agustinos, que, insistimos en ello pronto adoptaron y convirtieron al Crucificado burgalés en una advocación propia y universal para toda la Orden, aunque preferirían la advocación de Cristo de San Agustín, mientras que el personal civil optará por la de Cristo de Burgos, la que con el tiempo se impondrá. Como caso ilustrativo señalaremos que en 1737 Fray Juan Sierra, publicaba en Madrid su obra *Historia y Milagros del Santísimo Christo de Burgos que se venera en el Convento Real de Nuestro Padre San Agustín de dicha ciudad*¹⁹. Si este religioso relataba con deleite sus más famosos milagros, tres años después el citado agustino fray Pedro Loviano da a la luz su gran monografía intitulándola *Historia y milagros del Ssmo. Christo de Burgos con su novena*²⁰. Obra muy completa, de la que se hicieron numerosas ediciones posteriores. Años después lo haría con enorme detalle el Padre Enrique Flórez, también agustino y burgalés, en su *España Sagrada* por lo que se permitió ciertas licencias para beneficiar a su Cristo²¹.

En definitiva, la realidad es que la advocación de Cristo de San Agustín ni es tan frecuente ni está tan extendida como la de Burgos. Incluso hubo ciudades donde convivieron las dos advocaciones, como sucedió en Sevilla y Granada, En el caso de la primera ciudad en el convento del mismo nombre²² al igual que en Granada²³, mientras que como Cristo de Burgos en Sevilla hasta la invasión francesa tuvo capilla y cofradía en el desaparecido convento de San Francisco y en la actualidad en la parroquia de San Pedro, mientras en Granada lo fue través de la denominación de Cristo de Cabrilla o de los Pastores en la parroquia de las Angustias, donde aún se conserva su imagen²⁴.

3. EL CRISTO DE BURGOS DEL CONVENTO DE SAN AGUSTÍN: EL NACIMIENTO DE LA LEYENDA.

En el lugar donde los agustinos fundaron en Burgos en 1287, con anterioridad habían llevado vida eremítica grandes figuras de la iglesia castellana, como Santo Domingo de Silos

¹⁹ Sierra, 1737: 191.

²⁰ La más conocida es la segunda edición. Burgos: 1760: pp. 219.

²¹ Flórez, ob.cit. pp. 483-508.

²² La historia del Cristo de San Agustín de Sevilla es de una enorme riqueza e importancia, como ha puesto de manifiesto Gutiérrez Pérez, 2003: 190-333. Es la imagen más antigua que desfilaba en la Semana Santa Sevilla, llegó a ser declarado Asilo y Sagrado Protector de la Ciudad, tras la peste de 1649, como también lo fue el de Granada, por haberlas librado en diversas ocasiones de muy adversas circunstancias, fundamentalmente epidemias, como la de 1679, por lo que sería declarado también Sagrado Protector de la Ciudad, o enfermedades colectivas. La imagen, hecha en madera a imitación de la burgalesa, fue a su vez punto de referencia para otras muchas que se hicieron a posteriori para Andalucía e Indias. Tras la desamortización pasó a la vecina parroquia de San Roque desde donde siguió procesionando hasta 1926, perdiéndose en el incendio provocado el 18 de julio de 1936. Si bien, en 1944 el escultor Sánchez Cid realizó una nueva imagen que se agregó a la Hermandad de San Roque, que le rinde culto.

²³ El Cristo de San Agustín granadino ha sido estudiado por López-Guadalupe, J.J. 1997: 423-451.

²⁴ Para la archidiócesis de Granada véase Gila, 2011: 129-164 .y para el obispado de Guadix, Gila, 2003: 23-44.

(1000-1073) o San Julián (1127-1208). Ese inicial grupo eremítico y otros se convertirían en orden conventual en 1244 gracias al papa Inocencio IV. Una vez en Burgos los agustinos levantarían un primer convento provisional, concluido hacia 1294. A él llegaría, a mediados del siglo XIV, la imagen del Crucificado. Mas para convertirlo en el más importante de la Ciudad, frente al de la Trinidad, que ya estaba en Burgos desde 1207 o el de los franciscanos, etc. con el consiguiente prestigio y rentabilidad económica que les generaría, se afanarían en aumentar su antigüedad y su fama de milagroso ocultando sus orígenes hasta ser el más antiguo de todos, haciéndolo obra del mismo Nicodemo²⁵.

Para nuestro relato haremos dos periodos, tomando como eje la desamortización de Mendizábal en 1835. Así pues, el primero va desde la llegada de la imagen al monasterio a mediados del siglo XIV hasta que en enero de 1836, cuando tras la Desamortización se lleva a la catedral y desde ese año hasta hoy la segunda etapa.

El Cristo de Burgos desde el Siglo XIV al 1836

Como se ha dicho, en el segundo tercio del siglo XIV, la talla del Cristo de Burgos ya estaría en el cenobio burgalés, ocupando provisionalmente un lugar destacado en su primitiva iglesia, si bien pronto pasó a una capilla angular del claustro, donde estuvo hasta 1836 en que se llevó a la catedral —antes con la francesada para preservarlo se llevó parroquia de San Nicolás—. Templo conventual que pronto se convertirá en un concurrido santuario o lugar de peregrinación al Cristo de San Agustín, especialmente por su fama de milagroso, rebasando pronto los Pirineos al ser Burgos un punto clave en el camino francés de Santiago. También hasta finales del siglo XVI fue un importante centro económico, al que concurrían multitud de comerciantes y mercaderes nacionales y extranjeros, y por último, una localidad muy visitada por la monarquía castellana, con todo lo que ello conlleva de prestigio en general, no olvidemos que en su escudo aparece la leyenda *Caput Castellae et Cámara Regia*. A todo esto, además hay que añadir la profunda y primitiva religiosidad de las gentes de aquel momento histórico, fácilmente impresionable por tan portentosas imágenes. Por ello, el Cristo de San Agustín se convierte en la última instancia a la que acudir en la firme seguridad de que se obtendría una respuesta positiva ante las grandes adversidades personales, como enfermedades y adversidades de la vida, y, como no, también ante las graves catástrofes que afectarían a la colectividad, bien de tipo natural, sequías o inundaciones, plagas, pestes, terremotos, o de otro tipo, derrotas militares, bancarrotas o crisis de subsistencia, etc. Especialmente, en unos periodos históricos, donde, ante el pobre nivel de la medicina, de la ciencia, de la técnica, etc. la religión era el último reducto de la debilidad humana.

Los agustinos y cronistas nos han dejado un detallado relato de la visita de importantes personajes, tanto de la vida civil como religiosa y militar —reyes, futuros santos, nobles, guerreros etc—. No así, por lo irrelevante, de esa multitud de gentes anónimas que a lo largo de los siglos acudieron. Normalmente gentes humildes y de poco nivel cultural, las más proclives a creerse y transmitir a su vez a su regreso a sus convecinos toda esa maraña de piosas leyendas que envolvieron al Crucificado de San Agustín. Así, por ejemplo, en-

²⁵ *La leyenda dorada...* 1987: 585-590.

tre los peregrinos franceses se creía que a la imagen le crecían las uñas, el pelo y que sudaba los viernes, día en que se conmemora la Crucifixión. Sin duda, serían los religiosos y los burgaleses, los primeros propagadores de su devoción, que iría ganando terreno, rápidamente, en la religiosidad popular de su entorno geográfico. A la par, las leyendas, fraguada en respuesta a los más variados intereses, contribuyó a propagar la gran difusión y arraigo social que tuvo el Santo Crucifijo de San Agustín.

Difícil cuestión, la que acabamos de plantear pues entra dentro de las creencias más íntimas de la persona. Mas nunca debemos olvidar que son muy numerosos los testimonios de hechos portentosos, debidos al Cristo de Burgos, recogidos por historiadores, ya desde el mismo siglo XVI, concretamente de 1574 y de un agustino anónimo²⁶ siendo sin duda altamente ilustrativo el que nos ofrece el Padre Loviano, en 1740²⁷ pues recoge todo lo conocido hasta entonces, sobresaliendo veinticuatro muertos que vuelven a la vida, en su mayoría niños; cuatro ciegos que recuperaron la vista, seis el habla, treinta la movilidad de los brazos o piernas, otros poseídos por el demonio quedan libres, naufragos que alcanzan la salvación, etc, siendo los agraciados personas de todas los grupos sociales y de los más dispares lugares de la geografía europea. Gentes, que en su mayoría y en cumplimiento de una promesa hecha en su día, harían su particular peregrinaje a su capilla para mostrarle su gratitud y dejarle algún objeto como señal de gratitud —de ahí la gran cantidad de cuadros votivos u otros objetos que adornaban el claustro del convento y la misma capilla del Cristo, lo que fue objeto de sorpresa para unos y de duras críticas para otros—. Al mismo tiempo, junto al agradecimiento por el favor material recibido, habría que añadir la cantidad de gracias espirituales e indulgencias, algo muy deseado y valorado por las gentes, quienes, tras cumplir ciertos requisitos, podrían obtener tras su peregrinación, pues varios Papas, obispos y arzobispos de Burgos, las concedieron con generosidad, a la par que también otorgaron importantes privilegios a su capilla en sí²⁸.

Entre esos primeros beneficiarios estaría D^a. Blanca, infanta de Portugal, quien, siendo ya Abadesa de las Huelgas, obtendría la curación, convirtiéndose una de las primeras bienhechoras de los agustinos calzados. Algo después, en 1342, la citada Santa Brígida de Suecia (1303-1373), acompañada de su esposo y un largo séquito, camino de Santiago de Compostela, visitaría su capilla —tal vez el sorprendente relato que hace, en su famosa obra *Revelaciones*, del cuerpo llagado de Cristo pudiera estar inspirado en su contemplación del Cristo de Burgos—. En esta misma línea están las sobrecogedoras impresiones mencionadas de Santa Teresa de Jesús, cuando tras un azaroso y accidentado viaje de Palencia a Burgos, en enero de 1582, llega a Burgos para fundar su penúltimo *palomarcito*, que puso bajo su amparo y protección, dejándonos un relato en su libro de la *Vida* impresionante²⁹. También en esta centuria oraron ante él los tres primeros santos de la Compañía de Jesús: San Ignacio de Loyola (1491-1556), San Francisco Javier (1506-1552), y San Francisco de

²⁶ *Miraglos del Santo Crucifijo que está en el convento de San Agustín en la Ciudad de Burgos*, que tendría dos ediciones posteriores: La primera en 1604 a cargo de Juan Bautista Varesio con el mismo título y la siguiente la del Padre Huidobro, también con el mismo título de 1622.

²⁷ Las cifras que ofrece el Padre Loviano, algunos años más tarde no coinciden con las del P. Flórez.

²⁸ Loviano, ob. cit. pp. 101-106.

²⁹ E. de Santa Teresa, 1904: 250-255.

Borja (1510-1572). Especial interés tienen los mismos agustinos, como Santo Tomás de Villanueva (1486-1555), quien fue prior de este convento en dos ocasiones y provincial de la Orden, propagando su culto y devoción en la Corte, al ser confesor de Carlos V (1500-1558), y en Valencia, donde acabó sus días como arzobispo. A la par también sería muy amplio el número religiosos, que, tras estar algún tiempo en el convento burgalés, quedaron contagiados de tan popular advocación, encargándose de fomentarla por aquellos conventos por donde pasaban posteriormente.

La nómina de futuros santos que visitaron su capilla no queda aquí, si bien tendría mucha más transcendencia, por su especial repercusión social, el fervor que le profesaron los monarcas castellanos, desde la Casa de Trastámara. Así, sería el rey Juan II, quien pediría, en 1454, al obispo D. Alonso de Cartagena (1364-1456) el que hiciese, con todo el rigor y seriedad posible, una detallada relación de sus milagros. Su hija, la futura Isabel la Católica, también le profesó una especial devoción, en especial tras obtener de él la curación de su hijo Juan, regalando a su capilla diversos ornamentos. Incluso quiso llevarse como reliquia uno de los clavos, mas quedó tan impresionada al ver como bajaba el brazo del Crucificado como si fuera un ser humano, que desistió del empeño.

Igualmente, los Austrias le tuvieron especial devoción, destacando Felipe II (1527-1598), quien camino de Tarazona, en 1592, permaneció casi todo el mes de septiembre en Burgos, alojándose no en la Casa del Cordón, según la costumbre, como huésped de los Condestable de Castilla, sino que para tal efecto mandó construir unos aposentos junto a la capilla del Cristo de Burgos, que fueron sufragados por la Ciudad y que serán conocidos como el *cuarto del rey*³⁰, al convertirse en adelante en la residencia oficial de los monarcas en su visita a Burgos, colaborando, además, el rey con 6.000 ducados a la finalización de la nueva iglesia conventual. Le acompañó su hija Isabel Clara Eugenia (1566-1633), quien haría *la clásica novena* al Santo Cristo en su capilla —visitarle durante nueve días consecutivos—. Su hijo, Felipe III (1578-1621), le visitaría y ocuparía ese sencillo cuarto real en dos ocasiones, en 1603 y 1615, regalándole lo dos blandones de plata —grandes candeleros—, que adornaban su altar. En 1660, su hijo Felipe IV³¹ (1605-1665), aunque se hospedó en la Casa del Cordón, no por ello dejó de visitar al Santo Cristo, ofreciéndole un cáliz y una lámpara de plata. Gran generosidad le dispensó el infeliz Carlos II (1661-1700), quien, en 1679, pasó unos días del mes de noviembre en la ciudad esperando encontrarse con su esposa María Luisa de Orleans (1662-1689), su primera esposa, con la que ya se había desposado por poderes, donándole un sagrario, una custodia de plata sobredorada y una gran lámpara, —de las cuarenta y ocho que adornaban su capilla, ésta, con sus 297 marcos (68.31 kl de plata), era la más grande—. La nómina de otros miembros cercanos a la Casa Real, que le visitaron e hicieron algún presente, sería muy larga, mas debemos citar a Germana de Foix (1488-1536), segunda esposa de Fernando II de Aragón (1452-1516), quien le regaló varios cálices y ornamentos, y por último D. Juan de Austria (1545-1578), que lo hizo después de la batalla de Lepanto —1571— ofreciéndole en gratitud otra gran lámpara de plata.

³⁰ Ibáñez Pérez, 1990: pp. 340-341, si bien señala que el donativo real al convento fue de 5.000 ducados.

³¹ Iba a la Isla de los Faisanes para sellar la paz con Francia mediante el casamiento de su hija María Teresa con Luis XIV.

De los borbones hay menos noticias, aunque seguirían la línea marcada por los Austrias. Especial interés ofrece Felipe V (1683-1746), el primer Borbón, quien en su visita a la ciudad, en 1701, dada la estrechez de la capilla claustral donde se veneraba, quiso costear otra nueva más amplia, a lo que la Comunidad no pudo acceder por ser de patronato —no fue esta esta la primera vez que se planteaba la posibilidad de hacerle una nueva capilla o ampliarla, pues la que ocupaba en uno de los ángulos del claustro, apenas si llegaba a los 40 metros cuadrados, por lo que con el tiempo resultaría pequeña. También el 12 de septiembre de 1845, estando ya la imagen en la Catedral, recibiría la visita de Isabel II³².

Este fervor y generosidad de la Casa Real al Santo Cristo de Burgos ayudaría a difundir su fama en los distintos grupos sociales, al igual que las visitas a fin de cumplir antiguas promesas de importantes personajes tanto de la nobleza civil como eclesiástica. Aquí la lista sería interminable; no obstante, como ejemplos señeros, tenemos el gran fervor que, dentro del ámbito regional, le profesaron los Condestables —los Fernández de Velasco— y los Almirantes de Castilla —los Enríquez—, quienes le donaron preciadas alhajas, siendo tal vez unos y otros los causantes de la existencia de tantas copias y capillas a él consagradas, en la provincias de Valladolid, Burgos y la Rioja. Por su particularidad destaca la visita que le hizo D. Pedro Girón, Conde de Ureña (c.1475-1531) quien, tras ser muy herido en la Guerra de Granada, vino a pedirle la salud. En agradecimiento por haberla obtenido, le regaló una lámpara de plata y una corona de oro³³, quedándose él como reliquia la que tenía de espinas. Se la colocaron en la cabeza, mas, según la piadosa leyenda, al amanecer del día siguiente se hallaba la sencilla en la cabeza y la de oro a los pies. Como el hecho se repitiera en varios días, los religiosos entendieron que el Cristo quería la sencilla por lo que la de oro la enajenaron para terminar las obras de su iglesia conventual, colocándole como recuerdo a los pies una de plata, que es la nos aparece en multitud de grabados, incluso, en algunas de sus copias más conocidas³⁴.

Concluiremos este apartado recordando otras ilustres peregrinaciones: en mayo de 1508, lo hizo el Gran Capitán, D. Gonzalo Fernández de Córdoba, cuando desde Barcelona iba a Santiago de Compostela. Le ofrendó una lámpara de plata y queriendo ver la imagen más de cerca, pidió permiso para usar a una escalera, mas aquel valiente y victorioso militar se sintió tan impresionado conforme se acercaba al rostro del San Cristo que, al igual que años antes la reina Isabel, desistió de su propósito. Por esas fechas lo hizo también el cardenal Jiménez de Cisneros, arzobispo de Toledo, quien costeó la reja y, a mediados del Seiscientos, Fray Payo Enríquez de Ribera, quien siendo Virrey [1673-1680] y Arzobispo de México [1668-1680], le mandó un gran cáliz de oro y unas vinajeras de plata.

Si estas visitas las podemos considerar de tipo particular o individual, aunque les acompañaran un nutrido séquito, más significativas habrían de ser las que se organizaban colectivamente. Especialmente aquellas en las que se acudía al Santo Crucifijo de San

³² Albarellos. 1980: 245-246.

³³ Otros autores señalan que lo que le ofrendó fueron unas espinas de oro y doce marcos para realizarla. López Martínez, ob. cit. 43.

³⁴ Tal sucede en el magnífico grabado que hizo en Madrid, en 1790, Manuel de Castro, de la copia que, en 1637, vino a Cabra, pintura donde no figuraba esta corona, aunque el grabador siguiendo el modelo original burgalés sí se lo incluyó. Gila Medina 2004: 1-13.

Agustín para implorar su amparo ante las frecuentes calamidades que a menudo afectaban a la sociedad. Especialmente ante las epidemias de peste, plagas de langostas, la falta o exceso de lluvia, etc. Ante ellas las gentes imploraban su protección y participaban activamente en aquellos actos, como procesiones —aunque no con la imagen original sino que se suplía con una cruz desnuda—, misas, actos penitenciales, etc., que con tal fin promovían el mismo convento, las parroquias, el ayuntamiento, las cofradías o los gremios.

Un temprano caso conocido sería el que aconteció en Burgos, en 1405, en que la ciudad y todo su entorno se vio afectada por una tremenda peste contagiosa que mermó su población. El Ayuntamiento en corporación encabezó una procesión penitencial que se encaminó a su capilla claustral para implorar su misericordia. La peste cesó y el Concejo Municipal en acción de gracias hizo el voto de acudir todos los 14 de septiembre, festividad de la Exaltación de la Santa Cruz, a su capilla. Promesa renovada, por la misma razón, en 1629 y que aún se sigue cumpliendo en la actualidad. Precisamente, por esta misma causa —librar en algún momento a una ciudad de una terrible peste—, el Cristo de Burgos —ahora como de San Agustín— será considerado Sagrado Protector de la Ciudad de Sevilla³⁵ y de Granada³⁶, en 1649 y 1679, respectivamente—.

Más numerosos serían los actos penitenciales organizados ante las adversas condiciones climatológicas, especialmente ante las largas y pertinaces sequías, tan frecuentes en nuestro país y que tanto incidían en los grupos sociales más desfavorecidos, pues los productos de primera necesidad, como el trigo, el aceite, etc., se encarecían. Numerosas procesiones de rogativas *ad petendam pluviam* se organizaban, de una forma más o menos espontánea en Burgos. Y generalmente no sólo participaban los burgaleses, sino que también se sumaban los vecinos de otras poblaciones próximas —será en una de estas procesiones, celebrada el 27 de abril de 1697, cuando la copia del Cristo de Cabrilla obró uno de sus milagros más importantes y renombrados³⁷—.

También debemos citar aquí a los grupos de personas, que, tras haber estado cautivos algún tiempo por y en tierras de moros y una vez en libertad, gracias a la ayuda económica de las diversas fundaciones y memorias creadas por personas piadosas para redimir cautivos en su capilla, peregrinaban gozosos a dar las gracias al Cristo de Burgos. En este sentido por su fama tenemos la que fundó, en 1567, Don Pedro de Orense —familia, que desde 1506, eran los patronos de la capilla mayor del templo agustino—, dotándola con la sustancial cantidad de 6.000 ducados³⁸. Cantidad que en 1601 acrecentarían con otros 4.000 ducados, fruto de la venta de la villa de Bandarán, en la diócesis de Calahorra³⁹.

Mas, sin duda, ese alto número de personas notables que le visitaron son una nimiedad en comparación con esas muchas gentes anónimas que a título personal, bien de forma piadosa o no —pedir una gracia o agradecer el favor recibido— desde hace más de setecientos años han acudido a Él, desde los más lejanos lugares de Europa. Aunque, como

³⁵ Gutiérrez Pérez, 2009: 195-200.

³⁶ López-Guadalupe Muñoz et alii., 1994: 97-107.

³⁷ Gila, 1978: 55-56.

³⁸ López Martínez, ob. cit. 34 y 35.

³⁹ Ibáñez Pérez, ob. cit. 468-469.

es normal en estos grandes fenómenos de religiosidad popular, también desaprensivos, pícaros y truhanes buscaran abusar de la buena fe de esas buenas gentes⁴⁰.

Finalmente, como elocuente complemento a todo lo dicho, ofrecemos el testimonio escrito de algunos de aquellos viajeros foráneos e ilustrados. Son muchos los que así lo han hecho desde la Baja Edad Media, como el del noble bohemio León Rosmithal de Blatna (c.1425-1486) en el siglo XV⁴¹, pasando por Lucio Marineo Sículo (1460-1533), a comienzos del Quinientos, hasta llegar, al siglo XIX —son la mayoría y con el Cristo ya en la catedral—, con el relato del francés Teófilo Gautier (1811-1872). Casi todos se hacían eco, hasta la exageración, de los rasgos dramáticos de la talla, a la que este último calificaba, en 1840, de lúgubre y tétrica⁴². Algo posterior es el del Barón Charles Davilliers (1823-1883), ilustrado por Gustavo Doré con un curioso grabado del Cristo en su primer altar catedralicio⁴³ —el actual es de finales del siglo XIX—. Retrotrayéndonos en el tiempo, nos detendremos en el testimonio de la Condesa d'Aulnoy (1651-1705), autora de cuentos de hadas, quien visitó la ciudad en 1679 —el Cristo estaba en el convento agustino—, expresándose en estos términos: ... *en su capilla hay más de cien lámparas siempre encendidas, unas son de oro y otras son de plata y tan grandes que cubren toda la bóveda de la capilla. Hay sesenta candelabros de plata, más altos que un hombre y tan pesados que para trasladarlos han de emplearse dos o tres personas. [...] hay unas cruces adornadas con pedrería. Las coronas, suspendidas sobre el altar, están adornadas con diamantes y perlas de diferente belleza...* Decoración que consideraba muy negativa, aunque sí acierta, cuando al final de su opinión afirma *sea lo que fuere es una de las mayores devociones de España*⁴⁴.

Tampoco faltan los comentarios muy críticos, sobre todo a partir del siglo XVIII, cuando con la Ilustración se impone una mayor racionalidad a todas estas manifestaciones religiosas de la piedad popular. Unos lo hacen desde el respeto, mientras otros, partiendo de un hostil descreimiento personal, llegan a la burla y a la sátira. En una posición muy equidistante tenemos a Antonio Ponz⁴⁵ (1725-1792), quien en su famosa obra *Viaje Por España*, en 1783, escribe: *En esta iglesia que posee la Comunidad de Padres Agustinos se venera la milagrosa imagen que todos conocen por el nombre del Santo Cristo de Burgos. Y ya sabe usted los prodigios que de ella se han escrito [...] y es tenida por obra de Nicodemo [...] un escultor incansable si hubiera ejecutado todas las imágenes que se le atribuyen. La capilla donde está [...] es muy rica de alhajas, [...] con cuarenta y ocho lámparas de plata y de la misma materia son frontal, candeleros, gradas, rejas, etc.*

Más crítico se muestra doce años después el gran ilustrado Melchor Gaspar de Jovellanos (1744-1811), quien, tras visitar el convento burgalés, en abril de 1795, decía : *Ayer tarde vimos también el Santo Cristo de Burgos [...], su capilla, una gruta por la forma y la oscuridad, cincuenta lámparas, nueve de enorme tamaño, dos arañas, frontal, retablo y doce de plata maciza;*

⁴⁰ Varios autores han tratado este tema, como Vázquez de Parga et alii, 1948, I: pp. 78-99 y más recientemente Arribas Briones, P. 1993: 339-343.

⁴¹ Fabié, 1889: 58.

⁴² Gautier, 1985: 59-60.

⁴³ Davilliers, 1874: 694

⁴⁴ Vázquez de Parga et alii. ob. cit, II: 363-366.

⁴⁵ Ponz, 1947, t. XII: 1048.

*tres cortinas corridas [...] con mucho aparato de [campanillas], muchas luces, mucha devoción del vulgo, al fin, una efigie de malísima y hórrida forma [...]; dentro y fuera de la capilla y por todo el claustro, carros de muletas, de piernas y brazos, tetas de cera y aún de plata, votos, testimonios de [...] superstición. El fraile vende cruces [...], estampas, tocadas a la efigie en que ganarán ciento por ciento*⁴⁶. Si esta glosa hoy es asumible, pues entra dentro de la mentalidad religiosa del momento, en cambio, para finales del siglo XVIII y para la mayoría de la población, con escaso nivel cultural y capacidad de raciocinio y crítica, sería inaceptable por escandaloso e hiriente.

Notas sobre el convento agustino y la capilla del Cristo de Burgos de la catedral.

Sólo es posible ofrecer un estudio aproximado sobre este convento burgalés, pues la acción destructora de la Invasión Francesa, y, las vicisitudes que sufrió tras Desamortización, en que pasó a manos privadas, aunque en 1863 lo adquirió la Diputación de Burgos que lo ha dedicado a centro cultural, no nos permiten conocerlo a fondo⁴⁷.

Una vez exclaustrados los religiosos que formaban la comunidad agustina, el 30 de enero de 1836, de una forma muy sencilla, se llevó el Cristo de Burgos a la catedral, gracias al interés del arzobispo D. Ignacio Rives y Mayor [1832-1840] y del Cabildo Metropolitano, siendo colocado en la primera capilla de la derecha, que ya ocupó durante la francesada.

Tras diversas intervenciones y restauraciones que le dieron la configuración de pequeño templo de cruz latina, el Santo Cristo se colocaría en la cabecera, relevando el cuadro de Cristo Crucificado de Mateo Cerezo, hoy en la capilla del Condestable. A finales de 1893 se afrontaría una nueva intervención, debida al arquitecto Lampérez y Romea, abriéndose, ahora, algunas ventanas y construyéndose un retablo neogótico para la imagen, de relativo interés artístico, según su traza, por el artista Saturnino Delgado y a propuesta del Conde de las Almenas⁴⁸. Con posterioridad en los brazos del pequeño crucero se colocarían otros mediocres retablitos dedicados al Corazón de Jesús y de María, respectivamente. A un lado y otro de la capilla aparecen los sepulcros de distintos eclesiásticos (arzobispos y capitulares), destacando el del canónigo D. Pedro Barrantes Aldana (1586-1658), muerto en olor de santidad por su entrega a los pobres⁴⁹.

Por último, en 1996, se restauró y limpió la capilla, muy ennegrecida por el paso del tiempo, las velas prendidas por los devotos, el incienso de las ceremonias litúrgicas, etc., sufragando los gastos la Ciudad pues, al ser la imagen que lleva su nombre, su Ayuntamiento entendió que debía hacerlo. Si el trabajo, realizado bajo la dirección del arquitecto Dionisio Hernández Gil, ha sido muy cuidadoso y acertado, no podemos decir lo

⁴⁶ Jovellanos, 1992: 219.

⁴⁷ Comprado, en 1844, por el Sr. Arnaiz, sucesivamente, ha tenido varios usos. Pensionado de sordomudos y ciegos, Escuela Normal de Magisterio, mientras otra parte, propiedad de la Diputación Provincial, tras alojar distintas dependencias de la beneficencia provincial, ha sido restaurada, muy recientemente, y se ha dedicado, muy acertadamente a centro cultural. Incluso, para recordar que aquí estuvo el Santísimo Cristo se ha hecho y colocado en lo que fue el claustro alto una réplica en pintura, bastante interesante, obra del artista mallorquín Eduardo Sánchez. Copia que en 2019 ya no estaba. Sainz Saiz, 1996, pp. 8-9.

⁴⁸ López Martínez, ob. cit. 78. Si bien con relación al retablo Ávila y Díaz Ubierna, ob. cit. p. 29 afirma que fue realizado en Madrid, en los talleres de José Suárez.

⁴⁹ Albarellos, 1980: 223-224.

mismo de la restauración de la imagen del Santo Cristo, que se hizo a la par aprovechando que la capilla estaba en obras. En verdad, la talla parecía una momia y necesitaba una urgente intervención, mas fue tan profunda y poco respetuosa con su historia y significado religioso, que el resultado final no fue muy afortunado pues alteró su fisonomía tradicional, hasta el punto de que personas, acostumbradas a verla con asiduidad, una vez intervenida no la reconocían. Fue en ese momento cuando los cinco huevos de avestruz de los pies, en alusión a su Resurrección, quedaron reducidos a tres.

No tenemos constancia de que el Santo Cristo haya salido en procesión en fecha señalada del calendario litúrgico, salvo las dos veces que lo hiciera por necesidad a la Catedral —en 1808 por la francesada y la definitiva en 1836, tras la desamortización—. Durante algún tiempo del largo periodo que permaneció con los agustinos tuvo su cofradía, pues en dos ocasiones el Padre Loviano se refiere a ella: la primera cuando señala que *el Maestro Herrera, en el capítulo general de la Orden, que presidió en Mantua, el 25 de mayo de 1434, incorporó la [hermandad] del Santísimo Cristo de Burgos a la Orden de Nuestro Padre San Agustín*⁵⁰. Y la segunda, cuando señala que *el Papa Sixto V [1585-1590] incorporó la Hermandad*⁵¹ [...] *a la de Nuestra Señora del Populo [de Roma]*. Mas, tal cofradía ocuparía un segundo plano, pues en pocas ocasiones se ha referencia a ella.

En 1915, a iniciativa del Marqués de Murga, del canónigo Gómez Rojí y con el patrocinio del Cabildo Catedralicio surgió una nueva Hermandad —ahora está renovando sus estatutos—. El 31 de julio de 1916, una Asociación de Señoras, ya existente y que tenía como fin organizar la vela al Santo Cristo, solicitó, y se aceptó, su anexión a la misma. Entre medias, y pasará a ser Real Hermandad, entraron formar parte la reina viuda María Cristina de Hasburgo-Lorena (1858-1929), madre de Alfonso XIII, y su cuñada la popular infanta Isabel de Borbón (1851-1931).

Ya sólo destacar que en 2014 a iniciativa del arzobispo D. Francisco Gil Hellín (2002-2015), y del Cabildo Catedralicio se ha hecho una réplica del Cristo de Burgos en talleres de Arte Granda de Alcalá de Henares y un trono procesional. El objetivo era, a través de la copia, acercarlo más al pueblo procesionándolo el 14 de septiembre, Festividad de la Exaltación de la Santa Cruz, cuando se celebran los solemnes cultos en su honor y en la Semana Santa con el acto del Descendimiento de la Cruz. El trabajo, cuidado al máximo, es digno de todo elogio. Sin embargo, el problema era buscar quien se encargara de esa copia, montar el trono procesional y efectuar los recorridos ya que la Real Hermandad está formada en gran medida por personas de avanzada edad. La solución vino a través una cofradía de Semana Santa, concretamente la de las Siete Palabras, con sede en la parroquia de San Fernando. Formada por gente joven, han aceptado con entusiasmo el encargo del Cabildo Catedralicio, incluso a su inicial título han añadido el del Cristo de Burgos, quedando definitivamente nominada Hermandad de las Siete Palabras del Santo Cristo de Burgos. Un arcosolio de la capilla del Corpus Christi del claustro alto de la catedral ha sido el lugar elegido para acoger esta copia, que esta hermandad cuida con esmero, incluso, ya ha viajado en dos ocasiones a la villa jiennense de Cabra del Santo Cristo.

⁵⁰ Loviano, 1740: 41-42.

⁵¹ *Ibid.*: 106.

4. SOBRE DOS COPIAS DEL CRISTO DE SAN AGUSTÍN: LA ESCULTURA DEL CRISTO DE BURGOS DE LOS AGUSTINOS DE LIMA Y LA PINTURA DE CABRA DEL SANTO CRISTO (JAÉN)

Aunque las copias, mejor trasuntos, del Cristo de Burgos son innumerables, más en pintura que en escultura y repartidas por todos los rincones del mundo hispánico. Aquí nos centraremos en dos: la escultura del convento de San Agustín de Lima y en la pintura primitiva de la villa jiennense de Cabra del Santo Cristo. La primera por fortuna conservada mientras la segunda destruida en la guerra civil.



Figura 6.- Ciudad de México. Iglesia de San Francisco. Cristo de Burgos. José Joaquín de Sayagos, 1775. Fotografía Lázaro Gila Medina.

copias, cofradías⁵², etc. Incluso fueron ilustres cántabros los que fundaron la más poderosa de las cofradías en Ciudad de México, con sede en el Convento, Casa Grande de San Francisco, en 1775, cuya capilla claustral era casi una pequeña iglesia⁵³. También en Ciudad Jiménez, en Chihuahua, un capitán montañés llevó la devoción, erigiéndolo en Patrón

Aunque los estudios sobre la difusión de la devoción al Cristo de Burgos en los territorios hispánicos allende del Atlántico aún están aún en ciernes; sin embargo, por lo que sabemos, podemos decir que en los dos principales virreinos americanos: el de Nueva España y en el del Perú, también alcanzó una gran difusión. A priori, debemos advertir que en México las copias son tanto en pintura como en escultura y se le conoce como Cristo de Burgos o Señor de Burgos y, lo que más importante aún, los promotores y difusores de la devoción fueron seglares burgaleses y sobre todo los cántabros. Recordemos que tanto la marinería que servía el barco donde viajaba desde Flandes el mercader burgalés, dueño de la imagen que donaría al convento agustino, como la misma población de Santander a donde arribó la nao fueron los primeros en conocer la imagen del Cristo de Burgos, prendiendo en ello el interés y el fervor. De ahí que, aunque en la actualidad sea una devoción casi perdida, antaño tuvo una amplia presencia en toda Cantabria a través de

⁵² La bibliografía sobre el Cristo de Burgos en Santander es muy abundante, mas, señalaremos algunos que creemos de gran interés: Simón Cabarga, 1974, 2: 117-122. González Echegaray, 1985, 45: 141-168 y un buen resumen puede verse en López Martínez, ob. cit. 51-55

⁵³ Igualmente es muy abundante la bibliografía sobre el Cristo de Burgos en México en general y en particular la cofradía de los Cántabros o Montañeses del Convento Casa Grande de San Francisco. Como aportaciones de interés tenemos: Fernández del Valle y de Quintana, 1974 II: 93-116. Salazar, 1990: 143. Iglesias Gómez, A. 2000: 45-132. Polo Sánchez, 2000, 56: 209-280 y 2010, 79: 129-170. Gila, 2004, 12: 205-216. 2016: 196-209. 2017, 29: 413-434 y 2018: 125-173.

de la ciudad y titular de su parroquia —al tema del Cristo de Burgos en Nueva España le hemos dedicado recientemente un artículo que creemos pronto salga a la luz—. En el caso del Perú, mayoritariamente, fueron los agustinos los que llevaron la devoción al Cristo de San Agustín, aunque predominando la advocación del Señor de Burgos. Por fortuna, en este territorio la obra del Padre Fray Antonio de la Calancha (1584-1654), publicada en Barcelona en 1638, nos da una gran cantidad de noticias al respecto. Y para el caso concreto de Lima recientemente Ricardo Estabridis Cárdenas ha dado a la luz un muy clarificador artículo⁵⁴ Así el Cristo de Burgos es muy venerado en Chachapoyas, en el Departamento de Amazonas; en Huánuco, en el departamento del mismo nombre, ambas situadas al norte del Perú, siendo el patrón de ambas localidades, en la catedral de Ayacucho, antaño con una importante cofradía, que agrupaba a lo sacristanes, etc.

Centrándonos en Lima, dos excelentes imágenes tenemos bajo su advocación: la del Convento de Santa Clara, en los Barrios Altos⁵⁵, que preside una hermosa capilla paredaña a su templo conventual y con acceso directo a la calle, donde las religiosas celebran sus cultos diariamente, además del rezo de las horas canónicas. La imagen, envuelta, como es normal en estos casos, en una hermosa leyenda por cierto muy posterior, se le viene atribuyendo sin base alguna al escultor sevillano Gaspar de la Cueva (1587-Post. 1640). Es de comienzos del siglo XVII, presenta los rasgos de un crucificado normal, es decir que en nada recuerda al original burgalés, y serviría de modelo para otras varias copias que fueron a distintos lugares tanto de Perú como de Bolivia, destacando la de la ciudad de Huánuco, donde goza de una gran devoción y es tenido por *Rey y Patrón* de la ciudad⁵⁶.

Mucha más importancia histórica tiene el Cristo de Burgos de la iglesia del convento de San Agustín de Lima⁵⁷. Realizada en madera de nogal, su altura —1.93cm— sobrepasa las medidas normales, llegando a esta ciudad a finales del siglo XVI. Desde este momento y hasta finales del siglo XVIII gozo de una enorme fama y popularidad, a lo cual contribuyó en gran medida una poderosa cofradía fundada en su honor e integrada por los escribanos de la ciudad, que hacían su procesión el Jueves Santo por la tarde con tanto esplendor y solemnidad que rivalizaban con la de la Vera Cruz del convento de San Francisco. Hasta finales del siglo pasado presidía la primera capilla de la derecha de la iglesia agustina, junto a un Cristo a la Columna del siglo XVIII, un Nazareno y una Dolorosa, denominada Nuestra Señora de la Piedad, que procesionan al anochecer del Domingo de Ramos—. A principios del presente siglo, la escultura, tras una profunda restauración fue llevada a la sala capitular, es decir a la clausura conventual para su mayor seguridad, poniéndose en su lugar una aceptable copia moderna a la que dan culto.

El Cristo de Burgos de los agustinos de Lima es, de todas cuantas copias en madera conocemos, la que más se asemeja al original burgalés, incluso lleva pelo natural, faldellín, aunque no los huevos de avestruz. La imagen tiene su origen en el interés del agustino portugués, vecindado en Lima Antonio de Monte Arroyo, aunque en verdad,

⁵⁴ Estabridis Cárdenas, 2019: 56-65.

⁵⁵ Schenone, 1998: 305-308.

⁵⁶ López Martínez, ob. cit. 71.

⁵⁷ Mi gratitud a D. Eduardo Vásquez Relyz, Profesor de la Pontificia Universidad Católica del Perú y a D. Rafael Ramos Sosa de la de Sevilla por su información acerca del Cristo de Burgos de Lima.

por diversos inconvenientes, su materialización se debe Rodrigo de Loayza, también del convento limeño, quien estando en Burgos en 1590 le encargó la obra al platero-escultor genovés, vecino de esa ciudad Jerónimo Corseto. Ya tenemos el nombre concreto del autor, pues el Padre Calancha en 1638 lo apellidó Escorceto⁵⁸, lo que dio lugar a que se considerará un artista enigmático hasta el reciente artículo del citado Ricardo Estabridis Cárdenas⁵⁹. Aunque no pidió la preceptiva autorización al Provincial de Castilla, que a la sazón era Fray Luis de León (1527-1591), quien no autorizó su traslado a Lima. A su muerte, el 25 de agosto de 1591, Fray Rodrigo de Loayza consiguió llevarla a Sevilla, confiándole su envío al mercader Martín de Goyzueta. Aún siguieron los obstáculos, pues al llegar el barco a Panamá el comerciante murió, quedando todas sus mercaderías retenidas por la Justicia para proceder al inventario y su partición entre sus herederos. Por fin, gracias a los oficios del dominico limeño Salvador de Rivera, la talla arribó al puerto del Callado el 25 de noviembre de 1593, siendo recibida con gran júbilo por los agustinos y la población.



Figura 7.- Lima. Convento de San Agustín.
Cristo de Burgos. Jerónimo Corseto, 1590.
Fotografía Lázaro Gila Medina.



Figura 8.- Lima. Convento de San Agustín.
Detalle del Cristo de Burgos. J. Corseto,
1590. Fotografía Lázaro Gila Medina.

⁵⁸ Calancha 1638, vol. II, I: 604-625.

⁵⁹ Estabridis Cárdenas, 2019: 59-61.



Figura 9.- Lima. Iglesia de San Agustín. Nuevo Cristo de Burgos. Fotografía Lázaro Gila Medina.



Figura 10.- Lima. Procesión del Cristo de Burgos de las Clarisas. Fotografía de Eduardo Vásquez



El Santo Cristo de Burgos o de Cabrilla.

A priori, advertiremos que en esta localidad, la designación más usual en los últimos tiempos es la primera, e incluso, jamás se ha hecho distinción entre la copia de aquí y el original burgalés —al que algunos grabadores tomaron como modelo a la hora de realizar sus estampas que, a partir de Cabra, se difundirían por Andalucía, siendo un buen ejemplo el grabado que en 1790 por encargo del Dr. de la Moneda se realizara en Madrid a partir del escultor Felipe de Castro⁶⁰—. Igualmente en la documentación casi siempre se le denominó como Cristo de Burgos, la segunda advocación —Cristo de Cabrilla—, más localista y que nos certifica que aquella copia se independizó pronto del original

Figura 11.- Cabra del Santo Cristo (Jaén). Cristo de Burgos o de Cabrilla. Francisco Cerezo, 1986

⁶⁰ Gila, 2002: 101-110.

burgalés, antaño sí tuvo un fuerte arraigo en el ámbito rural, popular y cofradiero, tanto en esta villa como fuera de ella, pues la fama del Cristo de Cabrilla creció y caló con fuerza en el sector pastoril, especialmente de Andalucía Oriental, llegando a ser patrón y titular de la parroquia de los pueblos de Alfaratejo en Málaga y Lújar en Granada, mientras en Benejí de Almería es el patrón, no el titular de la parroquia que lo es San Juan Bautista.

Fue un hecho accidental el que, en la víspera del veinte de enero de 1637, llegara a esta pequeña aldea de pastores, dependiente del Concejo de Úbeda, una copia en pintura del Cristo de Burgos. La crónica de los hechos, que sacarían a este lugar del anonimato para convertirlo en un afamado y concurrido santuario de peregrinación, debido a su carácter tan extraordinario, fue recogida por numerosos autores de la época. En esta ocasión nuestra fuente es el fraile carmelita descalzo Fray Antonio de Jesús María, quien en su biografía del Cardenal Moscoso y Sandoval (1589-1665), —obispo de Jaén de 1619 a 1665 cuando ocurrieron estos hechos— le dedica un largo capítulo, a partir del relato personal que le hizo llegar el noble burgalés D. Jerónimo de Sanvitores y de la Portilla, propietario del lienzo. —curiosamente por las fechas en que el libro del carmelita vio la luz, [Madrid, 1680] acababa de fallecer, siendo enterrado en la primitiva capilla mayor de la iglesia de Cabrilla, de la que era patrono por concesión del citado prelado⁶¹.

La narración del carmelita empieza en 1633, cuando D. Jerónimo, caballero santiaguista, estando en Madrid, como procurador a Cortes por Burgos, de la que era alcalde mayor y perpetuo —con el tiempo alcanzaría altos cargos palatinos—, sufrió una grave enfermedad, llegando a ser desahuciado por los médicos. Como buen burgalés llevaba siempre consigo un pequeño retrato del Santo Cristo del Convento de San Agustín, «... *cuyos innumerables milagros han hecho más célebre a aquella Ciudad en el orbe, que lo suntuoso de sus edificios y la nobleza de sus caballeros...*», se encomendó a él, prometiéndole hacerle una novena —visitar su capilla nueve días seguidos—. Recuperó la salud y realizó la novena ofrecida. En este momento, deseoso de obtener una copia más grande y hermosa, pide a los agustinos licencia para mandarla hacer, si bien se la niegan —el Cristo de Burgos estaba tapado por tres velos de respeto, que solo se descorrían los viernes por la mañana al son del tintineo de campanillas, momento aprovechado por los devotos para visitarlo, por lo que sería molesto que a la par un pintor estuviese allí trabajando—.

Vuelto a Madrid, donde era miembro del Consejo de Hacienda y Millones, obtuvo el permiso oportuno del Provincial de Castilla, Fray Diego de Rivadeneira, quien, además se vio presionado Fray Alonso de Sanvitores, hermano de D. Jerónimo, monje benedictino y a la sazón General de la Orden. Aunque sus muchas tareas cortesanas hicieron que pasaran dos años sin plasmar su anhelado deseo.

Hará falta otra contrariedad para que D. Jerónimo, de nuevo, vuelva a pedir la protección del Cristo de Burgos: su nombramiento como corregidor de la Ciudad de México. Al sentirse sin fuerzas para tal aventura, suplica a Felipe IV tenga a bien permutárselo por otro cargo, acudiendo al Cristo de Burgos para que fuera su valedor ante el Monarca. El rey accede, en 1636, nombrándolo corregidor de Guadix, Baza y Almería —las tres formaban un solo corregimiento—, siendo ahora cuando D. Jerónimo, estando en Burgos para preparar su

⁶¹ Fray Antonio de Jesús María 1680:708-729.

traslado, logra realizar su deseo. El pintor elegido fue Jacinto Anguiano Ibarra, discípulo de Mateo Cerezo, el Viejo, quien, tras pasar el día 20 de septiembre de ese año cuatro horas en la capilla del Santo Cristo, elaboraría un boceto que después acabaría en su estudio —de él se conserva otro cuadro en la iglesia del Monasterio de las Huelgas, fechado en 1646—, resultando la copia, según nuestro cronista carmelita muy parecida al original. Mas Jacinto Anguiano no se limitó a copiar literalmente el original sino que introdujo algunos rasgos iconográficos propios: sólo un huevo de avestruz, bajo él una calavera y como peana un monte en alusión al Gólgota, donde según la tradición fue enterrado Adán y estaba su cráneo. Luego Cristo es el nuevo Adán que con su muerte en la cruz trae la salvación al mundo y a través del huevo nos anuncia la Resurrección, colaborando a ello el color blanco del faldellín, el propio de este tiempo litúrgico.

D. Jerónimo encarga a un arriero el envío de sus enseres a Guadix, su nuevo destino, llegando la comitiva a Cabrilla, como hemos al anochecer del 19 de enero. No obstante, antes de llegar a la localidad ya ocurrieron algunos hechos especiales. Una vez en Cabrilla la comitiva se aloja en un mesón, donde el arriero narra lo que le había sucedido en el viaje, despertando la curiosidad de los huéspedes especialmente de la mesonera María Rienda, que consiguen que se abra la caja para ver tan «milagroso Señor». *María Rienda, mujer de Juan de Soto Salas, [...] puso dos bujías, que alumbrasen la Santísima Imagen aquella noche. Por la mañana volvió a visitar al Soberano Huésped [...] Era María Rienda manca del brazo derecho [...] puesta de rodillas pidió al Señor que la sanase y llevando con la mano izquierda la derecha con ésta tocó la Santa Imagen... logrando la sanación... Pasaba la procesión de San Sebastián por ser su día [...] salió María Rienda [a la calle], voceando la maravilla, moviendo el brazo que todos habían conocido manco [los vecinos] entraron en el mesón para desclavar la Imagen y llevarla en procesión a su iglesia [...] colocáronla en un altar pequeño y le pusieron una lámpara de aceite [...]*

Hay otra serie de sucesos extraordinarios que no recoge el cronista carmelita, aunque sí el notario apostólico Pedro Moreno Sánchez, como la curación de un enfermo de tifus que se hallaba alojado en el mesón y de un mendigo que vivía de coger leña para los hornos de cocer el pan que tenía un brazo paralizado⁶².

Los cabrileños se niegan a devolver el cuadro y D. Jerónimo, su propietario, con el apoyo de la ciudad de Guadix, su lugar de destino, pide al Nuncio Mons. Lorenzo Capeggio (1634-1639) su devolución, aunque ya recibía multitudinario culto en la iglesia de Cabrilla. Ante esta situación, entra en juego la eficaz intervención de dos grandes personajes: por un lado el obispo de Jaén, el cardenal Moscoso y Sandoval, y por otro el prior de la villa el doctor Palomino de Ledesma especialmente éste, quien, guiado por motivaciones religiosas y por la rentabilidad económica que la permanencia en su parroquia de tan nombrado Cristo le pudieran reportar, negocia entre unos y otros. El resultado de su gestión es la entrevista mantenida en su casa de Cabrilla el 14 de septiembre de ese año, entre el cardenal Moscoso y Sandoval y Jerónimo de Sanvitores, acordando que éste cederá al pueblo el lienzo, ofreciéndole a cambio el Cardenal, entre otras cosas, el patronato de la capilla mayor de su iglesia donde podría poner sus escudos de armas y un relato alusivo a la sanación de María Rienda, construir una bóveda de enterramiento, que la cofradía que se fundara en

⁶² Gila, 2002: 48-49.

Guadix tendría la primacía sobre todas las demás y poder sacar una copia del Santo Cristo para Guadix⁶³ —cuadro conservado en una capilla de su catedral, siendo muy venerado y que ¡ironías de la Historia! ha servido de modelo para el que actualmente recibe culto esta parroquia de Cabra del Santo Cristo⁶⁴—.

Estos sucesos tendrán una pronta repercusión por toda España y en especial por Andalucía Oriental, además ante la penosa situación social, política y económica del momento, el pueblo fiel, sencillo y abatido ante tanta calamidad, al ser el más afectado por tan negativa situación, vea en la Religión, en general, y en algunas queridas y veneradas imágenes de Cristo —y el Cristo de Burgos y de Cabrilla fueron ejemplo señeros— o de la Virgen —la Soledad del convento de la Victoria de Madrid, diseñada por Gaspar Becerra— el más eficaz consuelo a tantas desgracias a nivel personal y nacional.

Por eso Cabrilla, ante la gran rapidez con que se difunde el suceso, se convertirá en un concurrido centro de peregrinación para toda Andalucía Oriental, poniendo para tal fin el doctor Palomino todos los medios a su alcance. Así consigue del cardenal Moscoso y Sandoval que la Parroquia sea también erigida como Santuario del Santo Cristo de Burgos y él ser nombrado rector y capellán mayor —título que ostentará con orgullo anteponiéndolo, como se refleja en la documentación, al de calificador del Santo Oficio de la Inquisición de Córdoba o al de visitador general de este obispado. Aunque lo más importante es que consigue del Concejo Municipal, con pocas competencias pues dependía del de Úbeda, que el pueblo se denominase oficialmente Cabra del Santo Cristo —fue en 1659 cuando José de Sanvitores, primer Vizconde de esta villa, hijo de Jerónimo de Sanvitores compra su autonomía a Felipe IV—. Además de crear una red de síndicos demandantes que encauzaran las limosnas al Cristo de Cabrilla.

Esto generaría una importante fuente de ingresos, tanto para la parroquia como para él, su rector y administrador, con los que emprendería múltiples obras de mejora de su fábrica, a fin de que el templo parroquial, ahora también santuario, resultara acorde con la alta misión espiritual que había adquirido. Incluso también se iban a convertir en unos solventes prestamistas para otras iglesias de la diócesis —en 1638 facilita a la de Mancha Real trescientos ducados para acabar la fachada de poniente de su templo—. Unos hacen su ofrenda en dinero otros muchos muestran su gratitud al Cristo de Cabrilla con algún objeto material, más o menos preciosos, como lámparas de plata, cálices, cruces, cuadros, ornamentos, etc. Con estos sentidos presentes, que aumentarán con el tiempo, al compás que se crece y difunde la fama y devoción al Cristo de Cabrilla, multitud de peregrinos a título personal o pueblos en su conjunto en especial del ámbito granadino, quieren mostrarle su reconocimiento por cualquier favor recibido, aunque casi nada ha llegado a la actualidad y no debido a guerras u otros desmanes sino por la indecencia de algunos párrocos —así, por ejemplo, los dos cuadros, atribuidos a Sebastián Martínez, que hoy adornan el presbiterio de la iglesia del Corazón de Jesús de Granada, proceden de una venta totalmente fraudulenta acaecida en 1961, pues fueron donados a Cabra en 1660 por el beato jesuita Diego Luis de Sanvitores, hijo de D. Jerónimo de Sanvitores—.

⁶³ Gila, *ibídem*: 51-53.

⁶⁴ Amezcua, 1989: 73-77.

Más lento sería el surgir de cofradías, pues su creación implica una serie de requisitos. Así, aparte de la de Guadix que fue la primera, para 1646 ya hay dos: la de Serón (Almería), que trajo una gran cruz marmórea en 1638, aún conservada, y la de Moclín (Granada). En la segunda mitad del Seiscientos entre otras se fundan la local con el título de los *Muy Humildes e Indignos Esclavos del Santo Cristo de Burgos* y dos en el Reino de Granada: la de los Ganaderos o de la Mesta, con sede en las Angustias —el Cristo de los Pastores— y la de los Vaqueros de Sierra Nevada, en Mecina Bombarón, que acogía a gentes de las Alpujarras y que venían a Cabrilla, como todas, el día de San Miguel, 29 de septiembre,

Mas el verdadero cenit llegaría muy a comienzos del siglo XVIII, a raíz de un suceso extraordinario acaecido en la tarde del 27 de abril de 1698, en que, sacado en procesión para pedir la lluvia ante la prolongada sequía el lienzo del Cristo de Cabrilla experimentó un copioso y extraño sudor, que, a través de tres hilos, iba desde la cabeza a los pies. Limpiado con unos corporales por el prior D. Lorenzo de Molina Gámiz, ayudado por el agustino, fray Jerónimo de Ángulo, se dio cuenta al obispo de Jaén, D. Antonio de Brizuela y Salamanca (1693-1708). Éste creó una comisión de expertos —teólogos, físicos, pintores— que los examinasen, mas no hallaron justificación natural alguna a tal suceso. Por lo que el obispo, el 2 de noviembre, lo declaró por sobrenatural y milagroso, mandando que los corporales se guardasen en el convento de Santa Catalina de Baeza, donde estuvieron hasta 1936, aunque un fragmento quedó en esta parroquia y se veneró en un relicario, como aparece en varios inventarios anteriores al 1936. También dictó que se pintara un cuadro que recordara el suceso y que se levantara una ermita en el lugar donde tuvo comienzo —por fortuna ambas cosas se conservan—. Finalmente, el expediente pasó a Roma y el Papa Clemente XI (1700-1721) lo declaró como sobrenatural y milagroso, en 1711, lo que sería clave para acrecentar aún más la fama del Cristo de Cabrilla.



Figura 12.- Salida procesional del Cristo de Burgos o de Cabrilla. Fotografía de D. Octavio López Rodríguez

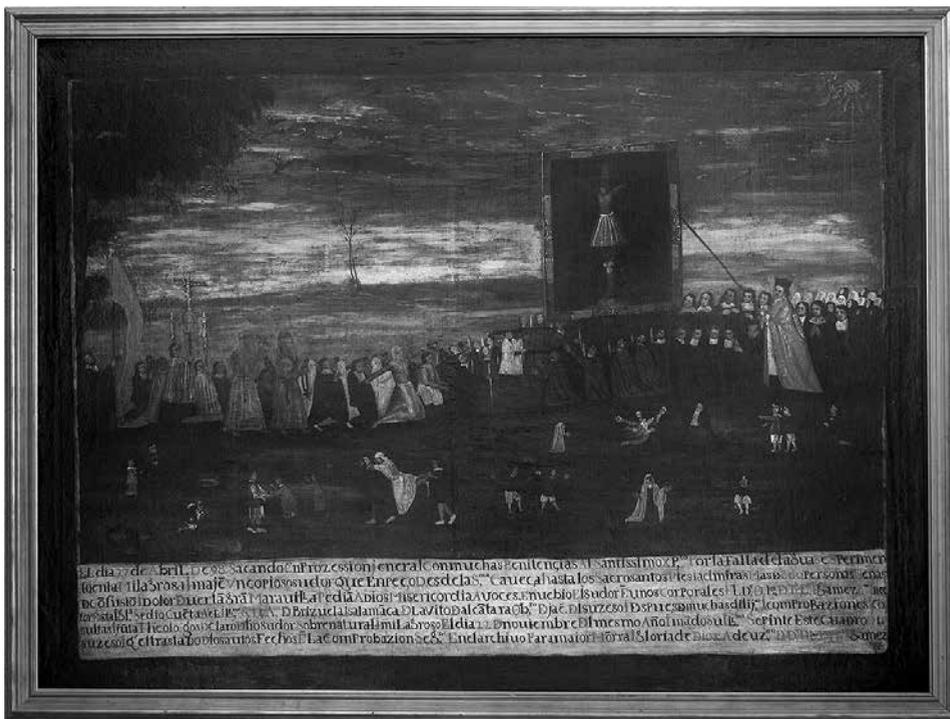


Figura 13.- Cristo de Burgos o de Cabrilla. Cuadro conmemorativo del Sudor del 27 de abril de 1698. Fotografía Carlos Madero López.

Finalmente, acabaremos con dos observaciones: La primera señalar que sólo la cofradía de Jimena sigue siendo fiel, acudiendo anualmente en peregrinación, aunque otras le siguen ofreciendo sus cultos en sus lugares de origen, tales como Lújar (Granada), Alfarnatejo (Málaga) y en Benejí, barriada de Berja en Almería. Y como reflexión diremos que la llegada de la copia a Cabra del Santo Cristo, en 1637, y su permanencia en ella debió de ser tan fundamental que repercutiría positivamente en la imagen del convento de Burgos, hasta el punto que la Orden Agustina quiso fundar en Cabra del Santo Cristo y hacerse cargo de la parroquia, a lo que el Cardenal Sandoval se negó, tal vez por motivos económicos. Incluso su fama rebasó pronto nuestras fronteras. Así, hace unos años se halló en la Sección de Estampas de la Biblioteca Nacional de París un grabado, que, aunque sin fechar por el atavío de los peregrinos debe ser de mediados del siglo XVII, figurando en su parte inferior la siguiente leyenda: *Verdadero retrato del Santo Christo de Burgos que está en Cabrilla*⁶⁵. Es decir es a partir del Cristo de Cabrilla, las solicitudes de copias del Cristo de Burgos crecen, pintores como Mateo Cerezo, el Viejo del que tenemos registradas unas 20 copias, Si éste pertenece al segundo tercio del Seiscientos, junto con Jacinto Anguiano o el aún poco conocido Juan de Cabia, del que sólo hay hasta ahora un pequeño cobre (32cm x 18) de gran calidad, ya finales de esa centuria y comienzos del setecientos está Gabriel Balluerca, junto al enigmático Joan Palazín, del que existe una copia firmada y fechada en 1695, en Scicli (Sicilia) y otro firmado por sin año en una ermita de Medina del Campo⁶⁶.

⁶⁵ Rodríguez Romero, 2014: 24-40.

⁶⁶ Ver nota 17.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBARELLOS, J. (1980). *Efemérides burgalesas. (Apuntes históricos)*. Burgos: Diario de Burgos, pp. 245-246.
- AMEZCUA, M. (1989). La pintura del Cristo de Burgos en la catedral de Guadix. *Boletín del Centro de Estudios Pedro Suárez*, (9), pp. 73-78.
- Anónimo agustino, (1574). *Libro de los milagros del Santo Crucifijo que está en el Monasterio de San Agustín de Burgos*. Burgos: Por Felipe de Junta.
- ARRIBAS BRIONES, P. *La picaresca en el Camino de Santiago*. Burgos: Aldecoa, pp. 339-343.
- ÁVILA Y DÍAZ UBIERNA, G. (1939). *Monografía histórico-artística del Antiguo Convento de San Agustín de esta ciudad e Historia del Santísimo Cristo de Burgos*. Burgos: Imprenta M. Miguel.
- BERNALES BALLESTEROS, J. *La escultura en Lima. Siglos XVI-XVIII* (1991). En J. A. de Lavalle (ed.). *Escultura en Perú*, (p. 4). Perú: Banco de Crédito del Perú.
- CALANCHA, A. (1638). *Corónica Moralizada de la Orden de San Agustín en Perú*. Barcelona. Por Pedro de la Calle, 1638, vol. II. pp. 604-625.
- CANO BERBERGAL, I. (2018). Noticias sobre una imagen del Cristo de Burgos en Aragón. *Contraluz. Revista de la Asociación Cultural Cerdá y Rico*, 11. Jaén: Asociación Cultural Cerdá y Rico, pp. 143-145.
- COOPER, J. V. (2000). Diccionario de símbolos. México: Gustavo Gili, pp. 92-93.
- DAVILLIERS, J. CH. (1874) *L'Espagne*. París: Librairie Hachette et Cie, p. 694-695.
- ESTRABIDIS CÁRDENAS, R. (2019). El Cristo de Burgos en el Reino del Perú entre el documento y la leyenda, *Illapa ManaTukukuq*, (16), pp. 56-65.
- FABIÉ, A. M. (1889). *Viaje por España de Jorge Eingham, del Barón León de Rosmithal de Blatine, de Francisco Guicciardini y de Andrés Navajero*. Madrid: Librería de Bibliófilos Fdo. Fe, p. 58.
- FERNÁNDEZ DEL VALLE Y QUINTANA, R. (1974). Congregación del Cristo de Burgos. Asociación Montañesa de Ciudad de México. *Altamira II*, pp. 117-122.
- FLÓREZ, E. (1772). *España Sagrada*, T. XXVII. Madrid: Por Antonio de Sancha, pp. 495-509.
- GARCÍA GUZMÁN, M. Y GARCÍA REYES, M. (2003). Iconografía del Santo Cristo de Burgos o de San Agustín. *Archivo Agustiniano*, LXXXVII (53): Zamora, 261-306.
- GAUTIER, T. (1985). *Viaje por España*. Barcelona: Editorial Taifa, pp. 59-60.
- GILA, L. (1978). *Cabra del Santo Cristo. Su arte e historia*. Granada: Gráficas del Sur, pp. 33-41.
- (1985). *El Santuario de Cabra del Santo Cristo*. Granada: Caja de Ahorros de Granada, pp. 5-8. Valencia: Imprenta de José Rius, pp. 50.
- (2002). *Cabra del Santo Cristo (Jaén). Arte, historia y el Cristo de Burgos*. Granada: Arte e Impresores, pp. 44-50.
- (2003). Arte e historia del Cristo de burgos o de Cabrilla en la diócesis de Guadix-Baza. *Boletín del Instituto de Estudios «Pedro Suárez»* (16), pp. 23-44.
- (2004a). Sobre tres estampas del Santo Cristo de Burgos o de Cabrilla. *Contraluz. Revista de la –Asociación Cultural Cerdá y Rico* (1), pp. 101-110.
- (2004b). Un cuadro inédito de Miguel Cabrera: El del Cristo de Burgos de la iglesia del Carmen del ex convento de San Ángel en México, D.F. *Anales del Museo de América*, (12), pp. 205-216.
- (2007). Una serie inédita de Miguel Cabrera en Sevilla: la de la vida de la Virgen de la iglesia del ex convento de Nuestra Señora de la Paz. *Anales del Museo de América*, (15), pp. 103-115.
- (2011). El Cristo de Burgos o de Cabrilla en la Diócesis de Granada: Arte, historia e iconografía. *Contraluz. Revista de la Asociación Cultural Cerdá y Rico* (8). pp. 129-164.
- (2015). Aproximación a la vida y obra del pintor novohispano Antonio de Torres (1667-1731) y estudio de una serie inédita mariana del convento de la Encarnación de Granada de franciscanas clarisas. *Anales del Museo de América*, (23), pp. 82.113.

- (2016). El Cristo de Burgos en la ciudad de México. Aproximación a través de unos ejemplos simbólicos a una fecunda realidad religiosa, histórica y artística. México: Universidad Nacional Autónoma. En L. López Orozco (coord.). *Homenaje a Elisa García Barragán en sus 80 años* (pp. 196-209). México: Universidad Nacional Autónoma.
- (2017). Un cuadro inédito del Cristo de Burgos en México: El de Juan de Villalobos de la parroquia de San Pablo de Apetatitlan (Tlaxcala). *Laboratorio de Arte* (29), pp. 413-434.
- (2018). El Cristo de Burgos en el Virreinato de la Nueva España: Su presencia en Ciudad de México y otras poblaciones cercanas. En J. García Benítez (coord.), *El valor del documento. Estudios en homenaje al profesor José Rodríguez Molina* (pp. 125-173). Almería: Círculo Rojo.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C. (1985). Santander y el Cristo de Burgos, *Altamira* (45), pp. 141-168.
- GUTIÉRREZ PÉREZ, J. M. (2003). *El Cristo de San Agustín de Sevilla*. Sevilla: Ayuntamiento, pp. 133-234.
- (2009). *Los agustinos en la religiosidad sevillana*. Sevilla: Col. Caleidoscopio, pp. 195-200.
- Hernández y Herrero, J. (1850). *Resumen de la Historia del Santo Cristo del Salvador de Valencia*.
- Ibáñez Pérez, A. C. (1990). *Burgos y los burgaleses en el siglo XVI*. Burgos: Excmo. Ayuntamiento, pp. 340-341.
- IGLESIAS GÓMEZ, A. (1999). *Los Cántabros y el Cristo de Burgos en Nueva España. La cofradía en Culhuacán*. México, D.F. Centro Cultural Montañés, pp.
- ITURBE SAIZ, A. (2010). El Cristo de Burgos o de San Agustín en España, Hispanoamérica y Filipinas. En J. Campos y Fernández de Sevilla (ed.). *Actas del Symposium «Los crucificados, religiosidad, cofradías y arte*. El Escorial, pp. 683-714.
- JESÚS MARÍA, A. (1680). *D. Baltasar de Moscoso y Sandoval. Arzobispo de Toledo*. Madrid: Bernardino de Villadiego, pp. 708-729.
- JOVELLANOS, M. G. (1992). *Diarios*. Barcelona: Planeta, p. 219.
- LÓPEZ GONZÁLEZ, F. (1907). *Historia documentada y crítica de la Santa y Milagrosa Imagen de Jesús Crucificado que con el título de Santísimo Cristo de Burgos se venera en la Iglesia Parroquial de San Gil de la ciudad expresada*. Salamanca: Imprenta Calatrava.
- LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ, J. J. (1997). Un crucificado en España: El Cristo de San Agustín de Granada, *Academia* (84), Madrid, pp. 423-445.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, N. (1997). *El Smo. Cristo de Burgos*. Burgos: Ediciones Aldecoa.
- LOVIANO, P. (1740). *Historia y milagros del Ssmo. Christo de Burgos*. Madrid: Por Pedro Orozco.
- MARTÍNEZ MARTÍNEZ, M. J. (2004). El Santo Cristo de Burgos y los cristos dolorosos articulados. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología* (16), 69-70, pp. 207-246.
- MILITELLO, P. (2017/1). Tras las huellas del Cristo de Burgos. Historias de hombres y pinturas en el Seiscientos entre Castilla, Lombardía y Sicilia. *Boletín de la Institución Fernán González*, XCVI (254), Burgos, pp. 255-273.
- PEREDA, F. (2017). *Crimen e ilusión. El arte de la verdad en el Siglo de Oro*. Madrid: Marcial Pons, pp. 317-349.
- POLO SÁNCHEZ, J. (2000). Montañeses en la Nueva España durante el siglo XVII: Su promoción artística y religiosa. *Altamira* (56), pp. 209-280
- (2010). Montañeses en la Nueva España. Fray Juan Agustín Morfí y el sermón inaugural de la capilla de la Congregación del Santo Cristo de Burgos de la Ciudad de México. *Altamira* (79), PP. 129-170
- PONZ, A. (1947). *Viaje por España seguido de los dos tomos del Viaje fuera de España*. Madrid: Aguilar, p. 1048.
- RODRÍGUEZ ROMERO, A. (2014). Estampas francesas en América Colonial: Itinerarios, mercados y estrategias editoriales. VII *Encuentro Internacional sobre barroco «migraciones de rutas del Barroco»*. La Paz (Bolivia), Fundación Altiplano, pp. 90-100

- SÁENZ, J. (1758). *Ensayo Histórico. Breve descripción de la celebrada imagen del Santo Christo Crucificado, que se venera en el Real Convento de la Santísima Trinidad, Redención de Cautivos*. Salamanca: A. Joseph Villagordo y Alcaraz.
- SAINZ SAIZ, J. (1996). *Monasterios y conventos de la provincia de Burgos*. León: Lancia, pp. 8-9.
- SANTA TERESA, E. de. (1904). El Santo Cristo de Burgos, *Monte Carmelo*, 5, pp. 250-255.
- SCHENONE, H. (1998). *Iconografía del arte colonial*. Jesucristo. Buenos Aires, pp. 304-306.
- SIERRA, J. (1737). *Historia y milagros del Santísimo Christo de Burgos que se venera en el Convento Real de N. P. San Agustín de dicha Ciudad*. Burgos: Por Juan Joseph Mangado, p.191.
- VÁZQUEZ DE PARGA, L. ET ALII. (1948) *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, I. Madrid: CSIC, p. 78.
- VORAGINE, S. (1987). *La Leyenda Dorada*, II. Madrid: Alianza Forma, pp. 585-590.



C/ Río, 1
23550 Cabra del Santo Cristo (Jaén)
cartas@cerdayrico.com • <http://www.cerdayrico.com>

Edita:



Excmo. Ayuntamiento
Cabra del Santo Cristo



Colaboran:

